MIGUEL HERNÁNDEZ Y BLAS DE OTERO, POETAS-PROFETAS

Por
EVELYNE MARTÍN HERNÁNDEZ
Universidad Blaise Pascal, Clermont-Ferrand (Francia)

La filiación profética que une a Blas de Otero con Miguel Hernández aparece explícitamente por primera vez en el penúltimo texto de *En Castellano*. Entre la pléyade de poetas convocados para formar el soneto llamado *Coral a Nicolai Vaptzarov*[1], el nombre Miguel ocupa un lugar destacado, en posición de rima, al final del primer terceto:

> Todos los nombres que llevé en las manos
> –César, Nazim, Antonio, Vladimiro,
> Paul, Gabriel, Pablo, Nicolás, Miguel,
>
> Aragón, Rafael y Mao,– hermanos
> mástiles, fulgen, suenan como un tiro
> único, abierto en paz sobre el papel.

Tal nómina de compañeros de lucha, a la par que enérgicos mensajeros de la paz[2], próximos o lejanos, vivos o muertos, trae forzosamente a las mentes la lista de *Llamo a los poetas*, similar enumeración de apellidos amigos:

> Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Garfias,
> Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio,
> Oliver, Plaja, hablemos de aquello a que aspiramos
> por lo que enloquecemos lentamente[3].

En ambos textos, la voz propia se halla a sí misma en el coro de los que anuncian o anhelan un porvenir feliz, y ambos textos forman la respuesta al sentimiento de soledad que curiosamente inspira los primeros versos de cada uno de los poemas citados.

> Ya vosotros sabéis
> lo sólo que yo soy, por qué soy yo tan sólo.
> Andando voy, tan sólo yo y mi sombra.

De la misma manera, en el primer cuarteto del soneto de Blas de Otero, la soledad (mediante la prosopopeya) desemboca en la solidaridad (según la fórmula ya manida de solitario-solidario):

> La soledad se abre hambrientamente,
> ah todo alrededor es hombre y fronda
> de hombro arraigado en la raíz más honda:
> la tierra, firme, descieladamente.

El hambre oteriana, consubstancial a la condición humana, constitutiva de su sentimiento de solidaridad (es de notar la doble paranomasia: *hambre-hombre-hombro*), hace

pensar en pasajes conocidos de Miguel Hernández como el siguiente, en el que el hambre y el sufrimiento constituyen el fundamento de la reunión de los hombres:

> Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices
> que llevo de tratar piedras y hachas,
> a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra herrada carne,
> porque para calmar vuestra desesperación de toros castigados
> habremos de agruparnos oceánicamente[4].

En ambos casos, la fraternidad fervorosa, vibrante que traducen las metáforas *(fronda, océano)* responde a una comunión de hambres y avideces. Parece como si la plétora de nombres o apellidos enumerados, así como la densidad de la multitud evocada, sirvieran para compensar un ansia profunda, un vacío fundamental, de donde nace la voz profética. La herida es una forma metafórica de este vacío doloroso, es la primera vía de comunicación que exponen, ostentan los dos poetas-profetas. En ella se cifra su *Sino sangriento*, su afán de sacrificio: «Abierto estoy, mirad, como una herida»[5], «Miradme bien y ved que estoy dispuesto / para la muerte. Queden estos hombres. / Asome el sol. Desnazca sobre el mundo / la noche. Echadme tierra. Arad en paz»[6]. Difícil es afirmar que en este punto, haya mimetismo por parte de Blas de Otero. Creo más acertado hablar de una común sensibilidad extrema al sufrimiento humano, lo cual explicaría que surgiesen en las dos obras visiones comparables: raudales, crecidas de llanto y de sangre: «El llanto que por valles y balcones se vierte, / en las piedras diluvia y en las piedras trabaja (...) Sangre, sangre por árboles y suelos, sangre por aguas, sangre por paredes (...)»[7]. «Con la sangre hasta la cintura, algunas veces / con la sangre hasta el borde de la boca, / voy / avanzando»[8]. También conviene apuntar que los dos mensajes proféticos se plasman, los dos escritores se «ponen la palabra en plena boca», después de una idéntica ruptura con el catolicismo (la «apostasía» según dice Dario Puccini, cierto «desarraigarse» hubiera dicho Dámaso Alonso), después de un compromiso político similar que expresan los dos en breves metáforas parecidas. «Salí del llanto, me encontré en España, / en una plaza de hombres de fuego imperativo»[9], «Salté del monte de donde procedo / a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre»[10], «Salté del horror a la fe»[11].

La experiencia personal, referida o aludida, legitima la misión profética del poeta, lo cual supone que su expresión está necesariamente vinculada con la verdad. «yo empuño el alma cuando canto»[12], «aquí tenéis en canto y alma, al hombre / aquel que amó, vivió, murió por dentro»[13].

En otro *cantar de amigo*, incluido en *Que trata de España*, Blas de Otero cita a Miguel Hernández entre otros artesanos de la revolución, militantes todos y víctimas de la represión. Es el texto dedicado a Marcos Ana:

> No hablo por hablar. Escribo
> hablando, sencillamente:
> como en un cantar de amigo.
>
> Nazim, Marcos, Lina Odena,
> Nina van Zant, compañeros,
> en la libertad más bella.
>
> La libertad del que forja
> un pueblo libre: Miguel
> Hernández cavó la aurora[14].

Los tres octosílabos finales parecen constituir un compendio de la materia profética del poeta alicantino: el anuncio de un porvenir radiante, obra de la creación obrera,

expresada por el emblemático verbo *«forjar»*. Numerosas ocurrencias de este verbo se pueden rastrear en *Viento del pueblo* y *El hombre acecha*: «Has forjado una especie de mineral sencillo, / que observa la conducta del metal más valioso», (elogio al camarada Stalin)[15], «por la fuerza del pueblo, / forjador de verdades»[16]. Este verbo metafórico reproducido por Otero atribuye pues a la palabra poética la fuerza titánica, el poder prodigioso de construir[17] que Miguel Hernández ve en la heroica clase obrera. En la lectura que hace de su obra Blas de Otero, es el poeta militante el que les inspira a los trabajadores su fuerza creadora: «forja un pueblo libre». Su palabra es un motor en la historia.

La otra hazaña del poeta profeta se plasma en la paradójica metáfora que sigue: «cavó la aurora». Trátese aquí de lo que podríamos llamar cita de doble filo, ya que nos recuerda el principio del *Romance de la Pena Negra* de F. García Lorca («Las piquetas de los gallos / cavan buscando la aurora (...)», mientras que, por otra parte, remite de modo más general a la revelación de esa «realidad de subsuelo» en palabras de Ortega[18], la que Hernández viene anunciando desde la *Profecía sobre el campesino*: «Tierra de promisión y bonanza / volverá a ser la tierra»[19], hasta el «Juramento de la alegría»[20], el «Incendio»[21], «Aceituneros», «Jornaleros», los poemas en que se hacen las exposiciones de «realidades revolucionarias»[22]. Tal capacidad para proclamar una verdad oculta, sabe descifrarla Blas de Otero en Miguel Hernández, porque quizás, él mismo representa su propia labor de poeta-testigo con idénticas representaciones metafóricas: «desenterré / silencio a pleno sol»[23], «horadar dormida piedra, hasta encontrar España»[24]. La mejor lectura de un profeta puede que sea la de otro profeta...

En cuanto a la aurora, ambos autores coinciden en los finales esperanzadores que rematan sus poemas comprometidos. Los paisajes de Blas de Otero están llenos del claror resplandeciente de los felices acontecimientos que han de cambiar el mundo. Por ser un arquetipo de la literatura profética[25], no insistiremos en ello.

Lo que en cambio es digno de un examen más detenido es la dilogía que presenta el verbo *cavar* en esta frase breve: «Miguel Hernández cavó la aurora», ya que no sólo es de entenderse el sentido metafórico del verbo, estudiado antes, sino el sentido propio: la participación de Miguel Hernández, alistado en el cuerpo de los zapadores del ejército republicano durante la guerra. El compromiso efectivo apoya, refuerza la palabra. El profeta profiere y profesa, lo que dice ha de entenderse al pie de la letra en más de una ocasión. Ese cavar hernandiano puede compararse con algún pasaje bíblico recordado por Maurice Blanchot: cuando Jeremías anunciaba a la gente que iba a padecer esclavitud y yugo, y salía atado con cuerdas y agobiado por el peso de un yugo de verdad[26]. Dudo de que al cavar trincheras, Miguel Hernández haya pensado que tal acto pudiera algún día equipararse con la realización de su quehacer poético, transformándose en una escenificación parecida a la bíblica, pero para sus seguidores la relación era palmaria y ejemplar. El hacer y el decir del poeta republicano coinciden pues retrospectivamente, lo cual da otro peso de legitimidad a sus declaraciones.

En el mismo libro *Que trata de España*, un poema entero está dedicado a Miguel Hernández. Cabe señalar que se sitúa en la parte titulada «Geografía e historia», entre «In memoriam», dedicado a Machado y otro, algo menos respetuoso, llamado «Calle Miguel de Unamuno». Es decir, que está presentado entre los maestros históricos, entre aquéllos cuyo ideario convenía restaurar, restablecer, al hablar de la verdadera historia española (frente a la historia oficial). El título del texto se ciñe a unas fechas, 1939-1942, en las que podemos leer, no sólo la de la muerte, sino la de una agonía del poeta, que Blas de Otero hace remontarse a la derrota republicana, como –en esta perspectiva histórica– si la muerte de Miguel fuera el último avatar de una guerra desastrosa. No sería inútil apuntar que el texto fue suprimido por la censura en la edición española del

libro en 1974 y que en *Poesía con nombres*, lleva el título más claro, pero menos sugestivo: «Miguel Hernández», con la precisión suplementaria del lugar: Euskadi, y de la fecha de composición: 1962[27].

Hay una muerte lenta que atraviesa
la vida lentamente, lentamente.
No es la traidora muerte de repente
que deja el ansia, aunque caída, ilesa.

¿La súbita del rayo? no, no es ésa,
es la que llega depaciosamente
como claror confusa del oriente:
trágica luz del rayo que no cesa.

Así, noche tras noche, sucumbiste
en medio de una España negra y triste;
como el toro en la plaza, como el toro.

La juventud de hoy, la de mañana,
forja otro cielo rojo, audaz, sonoro,
con un rayo de sol en la ventana[28].

Este soneto incluye fragmentos de textos distintos del autor celebrado: «trágica luz del rayo que no cesa», que se quedan a veces resonando, reduplicados: «como el toro en la plaza, como el toro»[29]. El primer verso es una «mise en abyme», inserción de la «Elegía primera a Federico García Lorca», «Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas (...) Entro despacio, se me cae la frente / despacio». Las tres primeras estrofas forman una como *amplificatio* del motivo final de la elegía hernandiana: «Tú sabes, Federico García Lorca, que soy de los que gozan una muerte diaria». En la forma en que Blas de Otero recoge y amplía esta declaración, se reduplica la forma elegíaca, se prolonga la cadena de voces amigas y afligidas. El acompañamiento de uno sigue al acompañamiento de otro –«como si paseara con tu muerte»–, y tal fenómeno se hace perceptible, en el lenguaje poético, por la cita, la referencia a motivos, a metáforas predilectas del autor admirado.

La voz profética de Hernández se recoge («recoged esta voz»)[30] al final de esta pieza trágica, inesperadamente, convirtiéndose lo mortífero en un estallido de vida.

La juventud de hoy, la de mañana,
forja otro cielo rojo, audaz, sonoro,
como un rayo de sol en la ventana.

La cita atomizada del texto profético inicial (el elogio de la juventud[31], forjar –otra vez–, el rayo, el color activo de «los herreros rojos»[32], «de sol y majestad cubiertos», las «sonoras manos»[33] de los trabajadores), la presencia de temas y motivos recurrentes en su obra demuestra que el sacrificio del poeta republicano no ha sido vano. De él, de su mensaje, surge una fuerza que enlaza el presente con el porvenir. No se trata sólo de la afirmación de fidelidad de un poeta que se encuentra próximo a una sensibilidad dada, sino de una deliberada reiteración, reduplicación de profecía, que, adoptando fragmentos de su discurso para definir el presente y el porvenir, muestra cuán verdadero es el mensaje de Hernández. Paradójicamente, lo que no se ha cumplido, lo que queda por realizar aparece como algo que sigue siendo verdad. Lo anunciado queda vigente, quizás más inminente. Podemos decir que de alguna manera, ya se cumple, cuando otra voz, la de Blas de Otero, vuelve a enunciarlo. La profecía retomada es profecía hecha verdad.

El profeta de los años sesenta ve, a partir de lo visto veinte años antes (y algo más), y su visión (en el sentido de producción de vate visionario)[34] coincide con la de

Hernández. La inminencia de la revolución, simbolizada por arquetipos de origen bíblico casi todos, como el golpe de mar[35], la indestructible resistencia del pueblo, que ilustra el árbol que retoña[36], «árboles abolidos volveréis a brillar»[37], las alegorías de una España en marcha son formas que aparecen en una y otra obra. El tiempo acelerado, la plasticidad del espacio, «se acerca lo remoto»[38] «aligerar los ríos», «Un tiempo espléndido / avanza, avanza aceleradamente, es como un mar- / azul-mahón el viento!»[39], y la violencia con la que se va a instaurar el nuevo orden: los cuchillos[40], las espadas[41] de Otero, las hoces[42], las hachas[43] de Hernández son otros elementos comunes a estas dos líricas de la impaciencia, de la rabia, de la indignación. Así como la profecía bíblica es el instrumento de la venganza divina[44], la profecía social es el instrumento[45] de la justicia del pueblo[46].

Más discreta es la cita en este texto conocido de *En castellano*:

> Entendámonos. Yo os hablo de un árbol
> inclinado
> al vien-
> to de la fe-
> licidad invencida de la luz[47].

El verso breve, los encabalgamientos que rompen la frase y la palabra, traducen la prisa, la impaciencia que experimenta el sujeto que habla o la que percibe en lo que está contemplando. Pero en la primera palabra desarticulada por el encabalgamiento, identificamos al famoso viento del pueblo hernandiano, «recoged este viento»... Tal ruptura de la palabra permite una primera lectura en «bien», como si la palabra viento incluyera desde un punto de vista semántico el bien, por el que se «inclina» el árbol. El mensaje de Hernández suena, en un primer lugar, como mermado por la pérdida de una sílaba que pone en evidencia la lectura del verso cortado, pero se ve a la vez potencializado por el enriquecimiento que le procura la doble lectura realizada. El monosílabo que resulta de la primera amputación, al que sigue el de «fe», brota con inusitada fuerza. Se asemeja la frase en su brutal sencillez de sucesión de monosílabos, a la proferación de un oráculo que sólo emitiera sílabas sueltas.

Mediante el instrumento (organon), de la voz hernandiana con la cita (camuflada), la lírica de Blas de Otero se retrotrae a una expresión arcaica, parece que capta el ergon (fuerza en acción) de una voz, la del pueblo a la que se refieren, directa o indirectamente todos estos textos.

Por falta de tiempo y porque un recuento exhaustivo de citas y préstamos resultaría cansado, me limitaré a un último ejemplo en el que Blas de Otero recoge algún trozo de profecía sacado de la obra de Hernández. Es un caso curioso, ya que se trata de un breve poema de «despedida», de tonalidad más lírica que épica, y más curioso aún porque los versos citados no pertenecen al acervo de los textos comunmente admitidos como proféticos. Están sacados de «La boca», de *Cancionero y romancero de ausencias*, una obra en la que no faltan acentos proféticos como lo podemos ver en este trozo:

> BESO VERSO
>
> ... beso que va a un porvenir
> de muchachas y muchachos
> no me quejo fui joven
> ahora un árbol semidesarbolado
> Pablo Neruda
> Miguel Ángel Asturias
> amaron
> y un día de estos han muerto

y yo me iré y se quedarán los pájaros
cantando
y revoloteará un verso de mi juventud
que llevará a un porvenir
de muchachas y muchachos.

Madrid, junio 1974

Este texto tardío de Blas de Otero recoge textualmente dos versos de Hernández, aplicándolos, menos al contexto amoroso (no ausente, desde luego) que a una meditación sobre la vida, la vejez[48], la muerte. Reconocemos asimismo, aunque en forma más imprecisa, el tema de la euforia amorosa asimilada al vuelo, al aletear: «Boca poblada de bocas: pájaro lleno de pájaros», que recuerdan el poema «Carta», o «es tu casa un palomar». Quizás los «recuerdos»: «Besos distantes y amargos» estén presentes también en la evocación de los escritores de reciente desaparición. Notamos que, como en el texto de Miguel Hernández, la presencia de la muerte *(bocas enterradas)*, está desbaratada por el alumbramiento de una nueva vida: «un porvenir de muchachas y muchachos». Curiosamente, el breve poema de Blas de Otero aúna dos voces distintas, la de Juan Ramón Jiménez: «Y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando», con su nota meláncólica (pero con los mismos pájaros de antes), enmendada por el vigor y la generosa perspectiva de los más de los versos del *Cancionero y romancero de ausencias.*

Hasta la última etapa de su producción poética (dentro de lo que se ha publicado hasta ahora), Blas de Otero recoge la voz profética de Miguel Hernández, la recoge hasta en los textos «menos pensados», los textos íntimos del último libro. La paranomasia que forma el título: «Beso Verso» asimila el acto de escribir con el acto procreador que inicia el ademán amoroso. La boca del poeta es tan fecunda como la de los amantes evocados por miguel Hernández. A la vez energía y órgano de transmisión, se origina en la palabra ajena (en este caso en la voz del viento del pueblo cuyo dictado transmite) y se pierde, se derrama, perdurando, en boca de la juventud de mañana. El yo poético cuestionado en *Llamo a los poetas*, ya se ha vuelto «yotro». En esto también parece cumplirse el mensaje de Hernández.

La voz profética de Blas de Otero hace patente la fidelidad del poeta a una ideología, la admiración por una postura vital, un modo de ser, pero es también, en sus referencias a la escritura peculiar del género profético un instrumento de análisis de su funcionamiento. El discurso del anuncio y de la revelación que es la profecía saca paradójicamente su legitimidad del pasado, del pasado personal (historia de un sufrimiento, de un desgarramiento), y de unas voces anteriores que van sucediéndose, confundiéndose en las últimas producciones. Se da como palabra primera, pero, como lo recalcaba Blanchot[49], siempre hay antes de ella otra palabra a la que responde, o, como en el caso de los dos poetas estudiados, corresponde. En un amplio panorama de citas textuales o alusivas, el discurso político de Blas de Otero se muestra atravesado por la voz de Miguel Hernández, como por la de Machado o la de César Vallejo, y a través de ellos quizás, por el habla del pueblo que todos ellos se proponían transmitir. Quizás sea precisamente esta porosidad lo que caracteriza el discurso del profeta, este punto de transparencia que presentaba Miguel Hernández, en la dedicatoria de *Viento del pueblo*: «Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojo y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosos». Ninguna definición calificaría mejor al profeta para profetas que fue Miguel Hernández.

«Recoged esta voz...».

NOTAS

[1] *En castellano*, Barcelona, Lumen, 1977, pág. 83.

[2] Una de las posibles noticias del profeta es efectivamente la paz: «Mira allí, en los montes, los pies del mensajero, que anuncia la paz», Nahum, I, 13. *Sagrada Biblia,* Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1957, pág. 1.006. La versión francesa de la Pleiade propone *evangelista* en vez de *mensajero*.

[3] *El hombre acecha*, *Obras Poéticas Completas*, Madrid, Zero, 1976, pág. 367.

[4] Sonreídme, *Poemas no incluidos en libro, ibíd*, pág. 367.

[5] «Recoged esta voz», *Viento del pueblo, ibíd*, pág. 308.

[6] «Aren en paz», *Ancia*, Madrid, Visor, 1971, pág. 158.

[7] «Recoged esta voz», *ibíd.*

[8] «Crecida», *Ancia*, Madrid, Visor, 1971, pág. 138.

[9] «Juramento de la alegría», *Viento del pueblo*, pág. 323.

[10] «Recoged esta voz», *ibíd.*

[11] «Poética», *En castellano*, ed. cit. pág. 16.

[12] «Recoged esta voz», pág. 308.

[13] «A la inmensa mayoría», *Pido la paz y la palabra*, pág. 9.

[14] «A Marcos Ana», *Que trata de España*, pág. 119.

[15] «Rusia», *El hombre acecha*, OPC, pág.

[16] «Campesino de España», *Ibídem*, pág. 329.

[17] Cf. «Las manos», *Viento del pueblo*, pág. 321.

[18] *Obras Completas*, I, 269.

[19] OPC, pág. 172.

[20] *Viento del pueblo*, pág. 323.

[21] *Ibídem*, pág. 326.

[22] «Hora de España», citado por S. Salaün, *La poesía de la guerra de España*, Madrid, Castalia, 1985, pág. 376.

[23] «Ni una palabra», *Pido la paz y la palabra*, pág. 61.

[24] «Propiedad de la palabra», *En castellano*, pág. 17.

[25] Cf. Oseas, 6. 3. (Yavé) «Como aurora está aparejada su aparición».

[26] «Hazte con una coyunda y un yugo y póntelos al cuello». Jeremías, 27, 1-2, Maurice Blanchot, *Le livre à venir*, Paris, Gallimard, 1959, pág. 126-127.

[27] Es decir, veinte años después de la muerte del poeta, y desde la región ensalzada por él en el poema «Euzkadi», *Viento del pueblo*, pág. 333, un poema en el que aparece una fórmula que reproduce Blas de Otero, «España (...) avanza».

[28] Ed. cit. pág. 139.

[29] «Como el toro he nacido para el llanto», OPC, pág. 227.

[30] «Recoged esta voz», *Viento del pueblo*, pág. 310.

[31] «Nuestra juventud no muere», *ibíd*, pág. 304.

[32] «Recoged esta voz», *Viento del pueblo*, pág. 310.

[33] «Las manos», *Viento del pueblo*, pág. 321 «Hombres, levad los hombros / sonoramente, bajo el sol que nace». Cf., Blas de Otero, Proal, «Pido la paz y la palabra», pág. 47.

[34] Cf. J. Cano Ballesta: *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1978, pág. 178 y ss.

[35] «Voz del mar, voz del libro», *Que trata de España*, pág. 61 (entre otros numerosos ejemplos).

[36] Cf. Isaías, XI, «Y brotará una vara del tronco de José,/ y retoñará de sus raíces un vástago».

[37] *Pido la paz y la palabra*, pág. 65.

[38] «Juramento de la alegría», OPC, pág. 325.

[39] «Ellos», *Pido la paz y la palabra*, pág. 49.

[40] «relámpagos / de rabia, amor en frío y un cuchillo/ chillando, haciéndose pedazos de pan», «Fidelidad», *Pido la paz y la palabra*, pág. 75.

[41] «Alegría», *Que trata de España*, pág. 99, «Atardece», *ibíd*, pág. 111.

[42] «habrá que ver la media curva fiera / de la hoz ajustándose a las nucas», «Alba de hachas», OPC, pág. 280.

[43] *Ibídem.*

[44] Oseas, 6-5: «Por eso los he tajado por medio de los profetas y los maté por las palabras de mi boca, y mis juicios fueron luz de la aurora». 11-6: «Caerá sobre sus ciudades la espada que exterminará a sus hijos y se nutrirá de sus consejos».

[45] El trabajo sobre el lenguaje es en este punto también comparable: *Alba de hachas* y *cuchillo chillando* presentan el mismo procedimiento expresivo. La reiteración de los fonemas, en los dos sintagmas (paranomasia y falsa etimología), dan la impresión de que de las armas citadas dimana naturalmente el efecto que surten (el alba, el chillido).

[46] Resulta difícil no aludir en este momento del estudio a León Felipe, al que Blas de Otero dirigía un homenaje en 1974: «A ti, poeta, / con la lengua dañada por alambres eléctricos, / sierra de España / aserrando el cielo sin piedad, / apedrando a los hombres / las naciones / los dioses». (1974, Publicado en Papeles de Son Armadans, n.º CCXVI, pág. 263-264).

[47] *En castellano*, pág. 60.

[48] El «árbol semidesarbolado» hace pensar en el empleo reiterado de «enarbolado» en «A Raúl González Tuñón, OPC, pág. 272.

[49] *Op. cit.*, pág. 123.